

## CARTA XXXIV.

Zurich.

El autor oye un ruido nocturno, presta atención y reconoce que es una revolución.—Serenidad de la noche.—Venus.—Cosas violentas mezcladas con cosas insignificantes.—Recinto mural de Basilea.—Qué éxito obtienen los basileenses en la formidable zanja de su ciudad.—Atrevidas familiaridades del autor con una gárgola.—Las puertas de Basilea.—El ejército de Basilea.—Una fuente en mal lugar.—Camino de Basilea á Zurich.—Creuzach.—Augst.—L'Ergolz.—Warmbach.—Rhinfelden.—Una fuente en buen lugar.—El autor sienta plaza de químico.

*A. Gantú Jarrigui*  
9 Setiembre.

Estoy en Zurich. Las cuatro de la mañana acaban de dar en la torre de la ciudad, con acompañamiento de trompetas. He creído oír la diana y he abierto mi ventana. La noche es oscurísima y nadie duerme. La ciudad de Zurich zumba como una colmena irritada. Los puentes de madera tiemblan bajo los acompasados pasos de los batallones que cruzan confusamente en la sombra. Se oye el tambor en las colinas. Algunos *marselleses* alpestres cantan delante de las tabernas iluminadas en los extremos de las calles. Guardias nacionales de la población hacen el ejercicio en una plazuela vecina del hotel de la Espada, en el cual habito, y oigo las voces de mando en francés: *Portez arme! Arme bras!* Desde la habitación que está al lado de la mía, una joven les contesta con un canto tierno, heróico y monótono, cuyo aire me dá la explicación de las palabras. Hay una claraboya iluminada en la torre del Conejo y otra en los altos chapiteles del campanario de la catedral. La luz de mi vela ilumina vagamente una gran bandera blanca estrellada con bandas azules, que está colgada en el malecón. Se oyen carcajadas, gritos, ruido de puertas que se cierran y ruido extraño de armas que chocan. Por todas partes se ven sombras que pasan y se desvanecen. Un jovial rumor de guerra tiene despierto á este pequeño pueblo. Entre tanto, al reflejo de las estrellas, el lago acaba de murmurar majestuosamente muy cerca de mi ventana todas esas palabras de tranquilidad, indulgencia y paz que la naturaleza dice al hombre. Miró descomponerse y recomponerse en las ondas las negras sombras de la noche. Un gallo canta, y allá arriba, allá arriba, á mi izquierda, por encima de la catedral, entre

los dos campanarios negros, Venus chispea como la punta de una lanza entre dos almenas.

Es que Zurich está en plena revolución. Las ciudades pequeñas quieren hacer como las grandes. Todo marqués quiere tener un paje. Zurich acaba de matar á su burgomaestre y de cambiar su gobierno.

Y puesto que me han despertado, aprovecho la ocasión para escribirte, amigo mio. Hé aquí lo que ganarás con esta revolución.

Ayer mañana al amanecer dejé Basilea. El camino que conduce á Zurich vá lamiendo por espacio de medio cuarto de legua las viejas torres de la ciudad. No te he hablado de las torres de Basilea, y sin embargo, son notables, todas de forma y altura diferentes, separadas las unas de las otras por una muralla almenada apoyada en una zanja de grandes proporciones, donde la ciudad de Basilea cultiva con éxito las patatas. En tiempo de los arcos y de las flechas esta muralla era una fortaleza formidable; ahora no es más que un revestimiento.

Las entradas de la ciudad están todavía adornadas de esos bellos rastrillos del siglo catorce, cuyos dientes encorvados guarnecen la parte alta de las puertas, de tal manera, que al salir de una torre se cree salir de la boca de un monstruo. A propósito; antes de ayer, en lo más alto de la aguja de Basilea, habia una gárgola que me miraba fijamente; me incliné, puse resueltamente la mano en la boca del caño y no pasó nada más. Puedes contar el hecho á las gentes que se admiran de Van-Amburgh.

Casi todas las entradas de la grandiosa Basilea son puertas-fortalezas de hermosa marca, sobre todo la que conduce al polígono, arrogante castillejo de techo agudo, flanqueado de dos torrecillas, adornado de estatuas como la puerta Vincennes y la antigua puerta del viejo Louvre. No hay que decir que lo han raspado, cepillado, embetunado y revocado —de rojo.—Dos arqueros esculpidos en las almenas son curiosos. Apoyan en el muro sus zapatos de punta, y parecen sostener con enormes esfuerzos las armas de la ciudad, que figuran ser muy pesadas. En este momento pasa por debajo la puerta un peloton de unos doscientos hombres que vuelven del polígono con un cañon. Me parece que es el ejército de Basilea.

Cerca de esta puerta hay una deliciosa

fuentes del Renacimiento, que está cubierta de cañones, de morteros y de pilas de balas esculpidas alrededor de su pilon, y que arroja el agua gorgjeando como un pájaro. Esa pobre fuente está vergonzosamente mutilada y degradada; la columna central estaba cargada de figuras excelentes, de las que no quedan más que los torsos, y acá y allá un brazo ó una pierna. ¡Pobre obra maestra, maltratada por todos los soldadotes del arsenal! Pero yo emprendo de nuevo el camino de Basilea á Zurich.

Por espacio de cuatro horas, hasta Rhinfelden, costea el Rhin en un valle maravilloso, donde llovian, desde lo alto de las nubes, todos los resplandores húmedos de la mañana. Se deja á la izquierda Creuzach, desde cuya alta torre, manchada de un cuadrante blanco, se distinguen los campanarios de Basilea; despues se atraviesa Augst. Augst, hé aquí un nombre bárbaro. Y ese nombre es Augusta. Augst es una ciudad romana, la capital de los rauraques, la antigua Raurica, la antigua Augusta Rauracorum, fundada por el cónsul Munacio Planco, al que los basileenses erigieron una estatua en su Casa Ayuntamiento, con epitafio redactado por un atrevido pedante que se llamaba Beatus Rhenanus. Hé aquí, decia yo, una muy abultada gloria y una muy pequeña población. En efecto, la Augusta Rauracorum no es más al presente que una adorable decoración para una canción popular suiza. Un grupo de cabañas pintorescas, colocado sobre una roca, aseguradas por dos viejas puertas-fortalezas; dos puentes enhomecidos, por bajo de los cuales galopa un precioso torrente, el Ergolz, que baja de la montaña separando las ramas de los árboles; ruido de ruedas de molino, balcones de madera festoneados de vides, un viejo cementerio, en el que he notado al pasar una tumba extraña del siglo cuarto y que parece que vá á hundirse en el Rhin, en el cual se apoya; hé aquí Augst, hé aquí Raurica, hé aquí Augusta. El suelo está vuelto de arriba á bajo por las excavaciones. De él se saca un monton de estatuas muy pequeñas de bronce, con las cuales la Biblioteca de Basilea vá formándose un pequeño Dunkerque.

Media hora más lejos, en la otra orilla del Rhin, se vé Warmbach, esa hermosa cinta de viejas casas de madera cortada por una cascada. Y luego, despues de una media legua de árboles, corrientes y praderas, el Rhin se abre, en medio

del agua se agacha una gran roca cubierta de ruinas y unida á las dos orillas por un puente cubierto, hecho de madera y de un aspecto singular. Un pueblecillo gótico, erizado de torres, almenas y campanarios, desciende en desórden hácia ese puente; es Rhinfelden, una ciudad militar y religiosa, una de las cuatro poblaciones forestales, un lugar célebre y encantador. Esa ruina en medio del Rhin es el antiguo castillo, que se llama la Piedra de Rhinfelden. Bajo ese puente de madera, que no tiene más que un arco, mucho más allá de la roca, del lado opuesto al pueblo, el Rhin ya no es un río; es un remolino. Muchos barcos se pierden allí con bastante frecuencia. Me he detenido un cuarto de hora largo en Rhinfelden. Las muestras de las posadas cuelgan de enormes ramas de hierro frondosas, las más divertidas del mundo. La calle principal está animada por una bella fuente, cuya columna sostiene un noble hombre de armas, que lleva él mismo las de la ciudad con un brazo levantado gallardamente por encima de la cabeza.

Pasado Rhinfelden hasta Bruck, el paisaje continúa encantador; pero el anticuario no tiene nada que mirar, á menos que no sea, como yo, más curioso que arqueólogo, más paseante de las grandes vias que viajero.

Soy un gran espectador de todas las cosas, nada más, pero creo tener razón; toda cosa contiene un pensamiento, y trato de extraer el pensamiento de la cosa. Es una química como otra cualquiera.

## CARTA XXXV.

Zurich.

Paisajes.—Cuadros flamencos en Suiza.—La vaca.—El caballo que no se encabrita nunca.—El palurdo que se conduce con el bello sexo como si fuese discípulo de Buckingham.—La colmena y la cabaña.—Microcosmos.—Lo grande en lo pequeño.—Sekingen.—El valle del Aar.—Qué ruina famosa lo domina.—Brugg.—El autor, despues de un largo y pacienzudo estudio, dá un sin fin de detalles científicos é importantes respecto á la cabeza de Hun que está esculpida en la muralla de Brugg.—Costumbres y trajes.—Las mujeres y los hombres de Brugg.—Cosa que se comprende en todas partes, menos en Brugg.—El autor describe, en interés del arte, un peinado que es á todos los peinados conocidos lo que el órden compuesto es á los cuatro órdenes regulares.—Peligro que ofrece pronunciar mal la primera palabra de una proclama.—Baden.—El Limmat.—Fuente que se asemeja á un arabesco dibujado por Rafael.—*Aqua verbigena*.—Sol que se pone.—Paisaje.—Sombria vision y sombrío recuerdo.—Los pueblecitos.—Teoría de la choza zurichesa.—El viajero se duerme en su carruaje.—Dónde y cómo se despierta.—Una cripta como no ha visto ninguna.—Zurich en pleno día.—El autor habla muy mal de la ciudad y muy bien del lago.—La góndola-coche.—El autor se explica el motin de Zurich.—El fondo del lago.—A quién

debe agradar mucho la ciudad de Zurich.—En qué se ha convertido la torre de Wellemberg.—El autor intenta perjudicar al *Hotel de la Espada*, por la razón de que ha estado muy mal en él.—Un verso de Ronsard que podría servirle de muestra al fondista.—Etimología, arqueología, topografía, erudición, referencia y economía política en ocho líneas.—Donde prueba el autor que tiene los brazos largos.

### Setiembre.

Cuando se viaja por el llano, el interés del viaje se limita á la orilla del camino; cuando se recorre un país montañoso, se encuentra en el horizonte. Yo—hasta con esa admirable línea del Jura ante mis ojos—quiero verlo todo, y miro tanto á los lados del camino como á los confines del cielo. Es que los bordes del camino son admirables en esta estación y en este país. Los prados están salpicados de flores azules, blancas, amarillas, violadas, como en la primavera; magníficas zarzas arañan al paso la caja del coche; aquí y allá taludes verticales imitan la forma de las montañas é hilos de agua gruesos como pulgadas parodian torrentes; por todas partes las arañas de otoño han tendido sus hamacas en las mil puntas de los zarzales; el rocío rueda entre ellas formando gruesas perlas.

Y luego, esto son escenas domésticas donde se revelan las originalidades locales. Cerca de Rhinfelden, tres hombres herraban una vaca que tenía un aspecto muy embrutecido, reacio y fatigoso á causa del trabajo. En Augst, un pobre árbol deforme, apoyado sobre una horquilla, servía de caballo á los chicuelos de la aldea, pilluelos que tienen por abuela á Roma. Cerca de la puerta de Basilea, un hombre vapuleaba á su mujer, lo que los aldeanos hacen como los reyes. ¿Buckingham no decía á Mme. de Chevreuse que había amado tres reinas y que se había visto obligado á maltratarlas á las tres? A cien pasos de Frick ví una colmena colocada sobre una tabla encima de la puerta de una choza. Los trabajadores entraban y salían por la puerta de la cabana; las abejas entraban y salían por la puerta de la colmena; hombres y abejas hacían el trabajo á que Dios los ha destinado.

Todo esto me divierte y me entretiene. En Freiburg, por largo tiempo no he tenido en cuenta el inmenso paisaje que se extendía ante mis ojos, distraído en ver el cuadro de césped donde me había sentado. Estaba en una pequeña joroba salvaje de la colina. Allí también había un mundo. Los escarabajos marchaban lentamente por bajo las fibras profundas

de la vegetación; flores de cicuta en forma de quitasol imitaban los pinos de Italia; una hoja larga, parecida á una vaina de habichuela entreabierto, dejaba ver hermosas gotas de lluvia como un collar de diamantes en un cofrecito de raso verde; un pobre abejorro, de terciopelo amarillo y negro, subía penosamente, á causa de estar mojado, á lo largo de una rama espinosa; nubes espesas de mosquitos le ocultaban la luz; una campanilla azul temblaba al contacto del viento, y toda una nación de pulgones se abrigaba bajo esta enorme tienda; cerca de un charco de agua estancada, con la cual no se hubiese podido llenar una jofaina, veía salir del fango y retorcerse hácia el cielo, aspirando el aire, una lombriz parecida á los pitones antidiluvianos, y que tiene quizás también en el universo microscópico su Hércules para matarla y su Cuvier para describirla. En suma, este universo es tan grande como el otro. Me imaginaba ser Micromegas; mis escarabajos eran los *megatherium giganteum*, mi zángano era un elefante alado, mis mosquitos eran águilas, mi jofaina de agua un lago, y esos tres montones de yerbas altas eran un bosque vírgen. Me reconoces en esto, ¿no es verdad, amigo mío? En Rhinfelden las exuberantes muestras de las posadas me han ocupado tanto como las catedrales; y tengo la imaginación de tal modo formada, que en ciertos momentos un estanque de aldea, claro como un espejo de acero, rodeado de chozas y atravesado por una flotilla de patos, me distrae tanto como el lago de Ginebra.

En Rhinfelden se deja el Rhin y no se le vuelve á ver más que un instante en Sekingen: iglesia fea, puente de madera cubierto, población insignificante situada en el fondo de un delicioso valle. Después el camino sigue á través de alegres pueblecillos, por una ancha y alta meseta, alrededor de la cual se vé saltar á lo lejos el rebaño monstruoso de las montañas.

De pronto se encuentra un ramillete de árboles cerca de una posada, se oye el ruido de la rueda que va sujeta con la galga, y la carretera se hunde en el deslumbrador valle del Aar.

La mirada se abisma desde luego en el fondo del cielo y en el último confin del horizonte encuentra crestas rudas, abruptas y rugosas, que yo creo que son las Cimes-Grises; luego descende al valle á buscar Brugg, bonito pueblo, rodeado y estrechado por una ligadura

pintoresca de muros y de almenas, con puente sobre el Aar; después sube á lo largo de una sombría eminencia cuajada de árboles y se detiene en una elevada ruina. Esta ruina es el castillo de Hapsburg, la cuna de la casa de Austria. Largo rato estuve mirando esta torre, de donde ha volado el águila de dos cabezas.

El Aar, obstruido de rocas, desgarrado en cabos y promontorios el fondo del valle. Ese hermoso paisaje es uno de los grandes lugares de la historia. Roma se batió en él, la suerte de Vitelio aplastó en él la de Galba, Austria ha nacido en él. Desde ese castillejo derruido, edificado en el siglo once por un simple hidalgo de Alsacia llamado Radbot, fluye por toda la historia de la Europa moderna el río inmenso de los archiduques y de los emperadores.

Al Norte el valle se pierde entre la bruma. Allí está el confluente del Aar, del Reuss y de Limmat. El Limmat viene del lago de Zurich y trae los deshielos del monte Todi; el Aar procede de los lagos de Thun y de Brienz y trae las cascadas del Grimsell; el Reuss viene del lago de los Cuatro-Cantones, y conduce los torrentes del Rigi, del Windgalle y del Monte-Pilate. El Rhin lleva todo esto al Océano.

Todo lo que acabo de escribirte, esas tres corrientes, esa ruina y la forma magnífica de los bloques que desgasta el Aar, llenan mi pensamiento mientras el coche baja á galope hasta Brugg. De pronto se borraron aquellas ideas por la manera encantadora como se forma la ciudad á medida que uno se acerca. Es una de las más deliciosas confusiones de techos, torres y campanarios que he visto en mi vida. Yo me había prometido, si alguna vez iba á Brugg, fijar mi atención en un antiquísimo bajo-relieve incrustado en la muralla cerca del puente, que dicen representa una cabeza de hunno; pero como era domingo, el puente estaba cubierto de un gran número de bonitas jóvenes, curiosas, sonrientes, prendidas con sus más bellos adornos, y esto me hizo olvidar la cabeza del hunno.

Cuando me acordé, ya había dejado la ciudad una legua detrás de mí.

Con su lazo de cinta en la frente, menos exagerado que en Freiburg, su coraza de terciopelo negro cruzada de cadenas de plata y de hileras de botones, su corbata de terciopelo con las puntas bordadas de oro, ajustada al cuello como la gola de hierro de los caballeros; su zaga-

lejo oscuro de espesos pliegues y su semblante animado, las mujeres de Brugg parecen todas hermosas; muchas lo son. Los hombres van vestidos como nuestros albañiles en día de fiesta, y son horribles. Comprendo que haya enamorados en Brugg; lo que no concibo es que haya enamoradas.

La ciudad, limpia, sana, de hermoso aspecto, hecha de bonitas casas casi todas adornadas, no es menos agradable por dentro que por fuera. Una cosa ofrece de singular, y es que los dos sexos, en sus reuniones de los domingos, juegan al juego de Alfeo y de Aretusa. Cuando crucé la ciudad, ví todas las mujeres á la puerta del Puente y todos los hombres al otro extremo de la calle grande, á la puerta de Zurich. En los campos los sexos no se mezclan nunca; se encuentra un grupo de hombres y después un grupo de mujeres. Esta costumbre, que hasta en los mismos niños se nota, es propia de todo el cantón y llega hasta Zurich. Es una cosa extraña, y como muchas cosas extrañas, es una cosa prudente. En este país de savia y de belleza, de naturaleza exuberante y de hábitos delicados, la naturaleza tiende á hacer al hombre emprendedor, y el traje vuelve á la mujer coqueta; la costumbre interviene; separa los sexos y coloca una barrera.

Este valle no es solamente un confluente de corrientes, es también un confluente de trajes. Se pasa el Reuss; la corona de terciopelo negro se convierte en un peto de damasco de flores, en medio del cual cosen un ancho galon de oro. Se pasa el Limmat; el zagalejo oscuro se convierte en zagalejo rojo con un delantal de muselina bordada. Todos los peinados se confunden del mismo modo; en diez minutos se encuentran bonitas jóvenes con exorbitantes peinetas como en Lima, con sombreros de paja negros, de forma alta, como en Florencia, y con una blonda por encima de los ojos como en Madrid. Todas llevan un ramito de flores naturales al lado. Refinamiento.

La variedad de los peinados es tal, que ya no me causaba extrañeza nada. Después del puente de Reuss hay una cuestecita, que la subí á pié. Hácia mí ví venir á una vieja cubierta con una especie de vasto sombrero español de cuero negro, en cuyo adorno entraban por coronamiento un par de botas y un paraguas. Iba á tomar nota de este extravagante peinado, cuando me fijé en que aquella buena mujer llevaba sencillamente la balija de un viajero. Este

caminaba unos pasos atrás; un buen hombre, que probablemente se preciaba de hablar francés y que se me acercó para contarme la revolución de Zurich. Todo lo que he podido comprender, á través de la gerga en que se explicaba, es que había habido una proclamación de burgomaestre, y que esta proclamación comenzaba así: *Bravos iroqueses!* Yo presumo que aquel buen hombre quería decir:

—*Bravos zuricheses!*

El valle de Aar tiene dos bracitos preciosos: Brugg que lo abre, Baden que lo cierra. Baden está junto á Limmat. Se sigue por espacio de una media hora la orilla del Limmat, que alborota de una manera horrible en el fondo de un delicioso barranco, que tiene todos los desmoronamientos plantados de viña. De pronto una puerta flanqueada de cuatro torrecillas obstruye el camino; por debajo de esa puerta se precipitan confundidas en el barranco las casas de madera, cuyas boardillas parece que se zangolotean; por encima, entre los árboles, se levanta un viejo castillo arruinado, cuyas almenas forman una cresta de gallo en la montaña. Allá en el fondo, bajo un puente cubierto, el Limmat pasa precipitándose en un lecho de rocas, que dá á las olas una forma violenta. Despues se distingue un campanario con tejas de color, que parece revestido con una piel de serpiente. Es Baden.

Hay de todo en Baden: ruinas góticas, ruinas romanas, aguas termales, una estatua de Isis, excavaciones donde se encuentran muchos dados de juego, una Casa de Ayuntamiento donde el príncipe Eugenio y el mariscal de Villars han canjeado prisioneros, etc. Como yo quería llegar á Zurich antes de que cerrase la noche, me contenté con mirar en la plaza, mientras que mudaban el tiro, una preciosa fuente del Renacimiento, que tenía encima, como la de Rhinfelden, una altanera y severa figura de soldado. El agua salta por la boca de una serpiente de bronce, que tiene rollada su cola en los hierros de la fuente. Dos pichones domésticos estaban encaramados en esta serpiente; uno de ellos bebía mojando su pico en el hilito de agua que caía del caño al pilon, fino como un cabello de plata.

Los romanos llamaban las aguas termales de Baden las *aguas habladoras* (*aquæ verbigenæ*).— Cuando te escribo, amigo mio, me parece que he bebido de esa agua.

El sol descendía, las montañas se agrandaban, los caballos galopaban por un excelente camino en sentido inverso del Limmat; atravesamos una region completamente salvaje; á nuestros piés había un convento blanco con campanario rojo, parecido á un juguete de niño; ante nuestros ojos una montaña en forma de colina, pero tan alta, que un bosque parecía desde ella un matorral; en el jardín severo del convento, un monje blanco se paseaba hablando con un monje negro; por encima de la montaña, una vieja torre mostraba por mitad su faz enrojada por el sol horizontal. Qué era aquella casucha? No lo sé. Conrado de Tagerfelden, uno de los asesinos del emperador Alberto, tenía su castillo en esta soledad.—Era aquella ruina?—No soy más que uno que pasa y lo ignora todo, y he dejado su secreto á esos lugares siniestros; pero no podía librarme de soñar vagamente en el sombrío atentado en 1308 y en la venganza de Agnés, en tanto que esa torre sangrienta, que se iba ocultando poco á poco entre los pliegues del terreno, volvía á internarse lentamente en la montaña.

El camino hizo un recodo; una grieta inesperada dejó pasar un inmenso rayo del sol poniente; las aldeas, las columnas de humo, los rebaños y los hombres reaparecieron, y el bello valle del Limmat volvió á sonreírse. Las aldeas son verdaderamente dignas de llamar la atención en este canton de Zurich. Son magníficas chozas formadas de tres compartimientos. En uno de los extremos la casa de los hombres, de madera y de mampostería, con sus tres cuartos con ventanas cruzadas, bajas, de pequeños vidrios redondos; en el otro extremo la casa de los animales, establo y cuadra, de tablas; en el centro el patio de los carruajes y los utensilios, cerrado por una gran puerta cochera. En el caballete, que es enorme, el hórreo y el granero. Tres casas debajo de un techo. Tres cabezas debajo de un gorro. Esta es la choza zuricheza. Como ves, es un palacio.

La noche se había echado encima del todo: yo me había dormido como un bendito en el carruaje, cuando un ruido de tablas, producido por los cascos de los caballos al chocar en el suelo, me despertó. Abrí los ojos. Estaba en una especie de caverna, cuya armozon era de madera del aspecto más singular. Por encima de mí, grandes maderos encorvados formando arcos de bóveda abocinados y

arcos apuntalados de una manera inextricable, sostenían una bóveda de tinieblas; á derecha y á izquierda arcadas bajas, hechas de vigas rechonchas, me dejaban entrever dos galerías oscuras y estrechas, perforadas aquí y allá de agujeros cuadrados, por los cuales llegaban hasta mí la brisa de la noche y el ruido de una corriente. Allá en el fondo, en el extremo de esta extraña cripta, veía brillar vagamente algunas bayonetas. El coche rodaba lentamente por un piso abierto á lo largo de un terreno, del cual salía un rumor ensordecedor. Una tea apartada, cuya llama temblaba á impulsos del viento, arrojaba claridades mezcladas de sombras en aquellos macizos arcos de madera. Estaba en el puente cubierto de Zurich. Patrullas vivaqueaban alrededor. No hay nada que pueda dar una idea de ese puente, visto así y á aquella hora. Figúrate el andamiaje de una catedral colocado al través de un río y conmoviéndose á las sacudidas de las ruedas de una diligencia.

Mientras que te escribo todo este farrago de cosas, el día ha asomado. Estoy algo contrariado. Zurich pierde con la claridad del día; echo de menos los vagos perfiles de la noche. Las campanas de la catedral son pimenteros chavacanos.

Casi todas las fachadas están raspadas y blanqueadas con blanco de cal. Á mi izquierda tengo una especie de hotel Guenegaud. El lago es hermoso, pero allá abajo, la barrera de los Alpes es admirable. Ella corrige lo que el lago, bordado de casas blancas y de campos verdes, tiene quizás demasiado riente para mí. Las montañas me hacen siempre el efecto de tumbas inmensas: los bajos tienen un negro sudario de alerces; los altos tienen un blanco cendal de nieve.

#### Cuatro de la tarde.

Acabo de dar un paseo por el lago en una especie de góndola pequeña, á treinta sueldos por hora, como un fiacre. He arrojado generosamente tres francos en el lago de Zurich, y en parte lo siento. Esto es bonito, pero no pasa de ser agradable. Aquí tienen un New-Munster que te enseñan con orgullo y que se parece á la iglesia de Pantin. Los senadores zuricheses habitan villas de yeso, las que tienen un parecido á ventorrillos de Vaugirard. Dios me perdone! he visto pasar un ómnibus como en Passy. Ya no me admiro de que estos mocetones hagan revoluciones.

Felizmente el agua azul del lago es transparente. Veía, en las profundidades vidriosas, las montañas en el fondo del lago y los bosques encima de esas montañas. Rocas y algas se me aparecian con bastante semejanza la tierra anegada por el diluvio, y al asomarme á la ventanilla de mi fiacre experimentaba las emociones de Noé cuando se asomó á la ventana del arca. De vez en cuando veía pasar grandes pescados cebrados de tiras negras como los tigres. Con mi contera salvé dos ó tres moscas que se ahogaban.

La ciudad debe ser muy del agrado de las personas que tienen una especie de adoración por la fachada del Seminario de San Sulpicio. En este momento se están construyendo aquí edificios soberbios, cuya arquitectura recuerda la Magdalena y el cuerpo de guardia del boulevard del Temple. Respecto á mí, dejando aparte la portada romana de la catedral, algunas casas viejas perdidas y como ahogadas entre las nuevas, dos agujas de iglesia y tres ó cuatro torres de muralla, entre las cuales una, que es enorme, se parece al vientre pantagruélico de un burgomaestre, no he encontrado nada digno de llamar la atención en Zurich. En vano busqué la famosa torre del Welleberg, que estaba en medio del Limmat, y que sirvió de prisión al conde de Habsburg y al consejero Waldman, decapitado en 1488. ¿La habrán demolido?

Mientras que sigo mi camino, por Dios, hablemos de la posada. En el *Hotel de la Espada* el viajero no es desollado; es sóbriamente disecado. El hostelero te vende la vista de su lago á razon de ocho francos por ventana y por día. La comida que se dá en el *Hotel de la Espada* me ha recordado un verso de Ronsard, que, á lo que parece, comía mal:

La vida está enganchada  
á dos malos caballos, el beber y el comer.

En ninguna parte esos dos caballos son tan malos como en el *Hotel de la Espada*.

A propósito; no te he dicho que Zurich se llamaba en otro tiempo *Turegum*. El Limmat la divide en dos ciudades, el gran Zurich y el pequeño Zurich, que los junta tres hermosos puentes, por donde se pasean los vecinos con frecuencia, dice Jorge Bruin de Colonia. La viña está muy expuesta á los rayos del sol. Hay vino de Zurich y trigo de Zurich.

Te envío un abrazo, aunque estoy á mil trescientos veinte piés encima de tí.

## CARTA XXXVI.

Zurich.

Llueve.—Descripción de una habitación.—Reflejo de fuera en el interior.—El viajero toma el partido de registrar los armarios.—Lo que encuentra en ellos.—*Amores secretos y aventuras vergonzosas de Napoleón Buonaparte*.—El libro.—Las estampas.—1814.—1840.—Cosas curiosas.—Cosas serias.—Llueve.

Setiembre.

He dejado el *Hotel de la Espada* y me he venido á vivir á la ciudad, no importa dónde. No tengo mal albergue, pero no disfruto de la vista del lago. Hay momentos en que echo de menos la mala comida y el magnífico paisaje.

Anteayer tuve uno de esos momentos. Llovía. Estaba encerrado en la habitación que ocupó—una habitación triste y fría, adornada con una cama pintada de gris y con cortinas blancas, sillas con el respaldo en forma de lira, y vestida con papel azulado y pintarrajeado con esos dibujos sin gusto y sin estilo que se encuentran indistintamente en los trajes de las mujeres mal vestidas y en las paredes de las habitaciones mal amuebladas.—Abrí la ventana, una de esas horribles ventanas de hace cincuenta años que se llamaban ventanas-guillotinas, y miré melancólicamente caer la lluvia. La calle estaba desierta; todos los huecos de las casas de enfrente estaban cerrados; ni un perfil en los vidrios, ni un transeunte cruzando el empedrado de guijarritos redondos y negros, que la lluvia hacia relucir como castañas maduras. La única cosa que animaba el paisaje era el canalón del techo vecino, especie de gárgola de hojalata, figurando una cabeza de asno con la boca abierta, por donde la lluvia salía á chorros; una lluvia amarilla y súa, que acababa de lavar los tejados y que iba á lavar el empedrado. Verdaderamente es triste que una cosa se tome el trabajo de caer del cielo sin producir otro resultado que cambiar el polvo en lodo.

Quedé retenido en mi albergue: el albergue era medio pasable. Qué hacer? La Fontaine ha hecho el verso á propósito para este caso. Soñé, pues. Por desgracia estaba en una de esas situaciones del alma, que tú conoces sin duda, en que no se tiene ninguna razón para estar triste, ni ningún motivo para

estar alegre; en el que le es á uno completamente igual resolverse por soltar una carcajada ó un torrente de lágrimas; en que la vida parece perfectamente lógica, igual, indiferente, fastidiosa y triste; en que todo es descolorido y pálido, lo mismo por dentro que por fuera. El mismo tiempo que se notaba en la calle lo percibía yo en mí, y si me permites la metáfora, te diré que llovía en mi espíritu. Tú sabes que yo participo un poco de la naturaleza del lago; reflejo el azul ó la nube. El pensamiento que tengo en el alma se asemeja al cielo que tengo encima de mi cabeza.

Haciendo retroceder la mirada—permíteme esta frase—vé uno un paisaje en sí mismo. Así que, en este momento, el paisaje que podía ver en mí valía poco más ó menos que el que tenía ante mis ojos.

Había dos ó tres armarios en la habitación. Maquinalmente los abrí, como si hubiese tenido propósito de encontrar en ellos algún tesoro, sin pensar que los armarios de posada están siempre vacíos: un armario lleno es la habitación permanente. No hace nido el que pasa. Yo no encontré, pues, nada en los armarios.

Sin embargo, en el momento que cerraba el último apercibí en el estante más alto no sé qué, que me pareció un objeto. Lo cogí. Por de pronto estaba lleno de polvo, y después ví que era un libro. Un librito cuadrado como los almanaques de Lieja, encuadernado en papel gris, cubierto de ceniza y olvidado allí muchos años. ¡Qué fortuna tan inesperada! Sacudí el polvo y abrí al azar. Estaba escrito en francés. Miro el título: *Amores secretos y aventuras vergonzosas de Napoleón Buonaparte*, con grabados. Miro los grabados: un hombre de vientre grueso y perfil de polichinela, con levita y sombrero chino, mezclado con toda clase de mujeres desnudas. Miro la fecha: 1814.

He tenido la curiosidad de leer. ¡Ay, amigo mío! Qué te diré? ¿Cómo darte una idea de ese libro impreso en París por algún libelista y olvidado en Zurich por algún austriaco? Napoleón Buonaparte era feo; sus ojos hundidos, su perfil de lobo y sus orejas desmesuradas daban á su figura un aspecto atroz. Hablaba mal; no tenía ingenio alguno; ni poca ni mucha presencia de espíritu; andaba torpemente; su aspecto carecía de gracia, y tomaba lecciones de Talma cada vez que tenía que “aparecer como

rey”. Por lo demás, había mucha exageración en su renombre militar; prodigaba la vida de los hombres, y no conseguía las victorias más que á fuerza de batallones.—¡Reprochar los batallones á los conquistadores! ¿No te parece oír á estas gentes reprochar las metáforas á los poetas?—Perdió más batallas que ganó. No fué él quien ganó la batalla de Marengo, sino Desaix; no fué él quien ganó la batalla de Austerlitz, sino Soult; no fué él quien ganó la batalla de Moskowa, sino Ney (1). No era más que un capitán de segundo orden, muy inferior á los generales del gran siglo, á Turenna, á Condé, á Luxembourg, á Vendôme, y hasta en nuestros días su “talento militar” no era nada comparado con el “genio guerrero” del duque de Wellington. Por lo que afecta á su persona, era poltron. Tenía miedo al fuego. Permaneció oculto durante el cañoneo de Brienne.—De Brienne!—Tenía vicios sobre vicios. Mentía como un lacayo. Era avaro hasta el punto de no dar más que diez francos por día á una entretenida que vivía en una callejuela solitaria del arrabal Saint-Marceau.—El autor dice: *Yo he visto* la calle, la casa y la mujer.—Era celoso hasta el extremo de encerrar á esta mujer, que no salía casi nunca y vivía separada del mundo entero, sin tener una criatura humana que la sirviese y presa de la desesperación y del terror. ¡Hé aquí lo que era el amor de Napoleón Buonaparte! Había además de esto, porque este celoso feroz era un libertino desenfrenado, Oteló complicado de Don Juan; había además de esto, en todos los cuarteles de París, pequeñas habitaciones, cuevas, boardillas, calabozos alquilados bajo nombres supuestos, donde atraía con diversos pretextos jóvenes pobres, etc. etc. De aquí rebaños de hijos, pequeñas dinastías inéditas, relegadas hoy á los graneros ó recogiendo pingajos y harapos en el rincón de los guardacantones con un cesto de traperos. ¡Hé aquí lo que eran los amores de Napoleón Buonaparte! ¿Qué dices de esto? La primera historia recuerda un poco á Genoveva de Brabante en el fondo de un bosque; la segunda es una renovación del Minotauro. Yo he visto otras y aun peores, pero no he tenido el valor de hojear mucho más. Jamás tengo lar-

gos encuentros con esos libros que el fastidio abre y el descubrimiento cierra.

Tú te ries de esto? Te confieso que yo no me puedo reír. Hay siempre en las calumnias dirigidas contra los grandes hombres, mientras viven, algo que me oprime el corazón. Yo me digo: ¡Hé aquí de qué manera el reconocimiento contemporáneo ha tratado á esos genios que la posteridad rodea de respeto, á los unos porque han hecho su nación más grande, á los otros porque han hecho la humanidad mejor! Sé Molière: se te acusará de haber desposado á tu hija; sé Napoleón: se te acusará de haber amado á tus hermanas.—El odio y la envidia no inventan, dirás; ellas repiten siempre poco más ó menos las mismas simplezas, las que se vuelven inofensivas á fuerza de repetirlas. ¿Qué es una calumnia sino un plagio?—Sin duda, si el público lo supiese; pero ¿es que el público sabe que lo que se dice hoy del grande hombre de hoy es precisamente lo que se decía ayer del grande hombre de ayer? La envidia y el odio no inventan nada. Conforme. Pero la multitud lo ignora todo. Los grandes hombres desdeñan todo esto, continuarás diciendo. Sin duda; pero ¿quién te dice que ellos no han sufrido tanto como han desdeñado? ¿Quién sabe los dolores punzantes que hay en las profundidades mudas del desden? ¿Qué hay más irritante que la injusticia, ni más amargo que recibir una grande injuria cuando se merece una gran corona? ¿Sabes si ese odioso libejo, del que te ries hoy, no fué oficiosamente enviado en 1815 al prisionero de Santa Elena, y no hizo pasar, por estúpido que te parezca y lo es, una mala noche al hombre que dormía tan profundo sueño la víspera de Marengo y de Austerlitz? ¿No hay momentos en que el odio, en sus afirmaciones desvergonzadas y furiosas, puede hacer desvariar al genio que tiene la conciencia de su fuerza y de su porvenir? ¡Aparecer caricatura á la posteridad, cuando se ha trabajado tanto para dejarle una gran sombra! No, amigo mío, yo no puedo reirme de ese infame libelo. Cuando exploro las hondonadas del pasado, y cuando visito los huecos arruinados de una prisión de otros tiempos, tomo muy en serio las viejas calumnias que recojo en el olvido y los odiosos instrumentos de tortura enmohecidos que encuentro en el polvo.

¡Vergüenza é ignominia para esos miserables lacayos que limpian las letrinas y no tienen otra ocupación que la de

(1) En 1814 utilizaban contra Buonaparte los nombres tan justamente celebrados de los generales de Napoleón; hoy todo ha vuelto á recobrar su sitio; Desaix, Soult, Ney, son grandes é ilustres figuras; Napoleón es en su gloria lo que era en su ejército, el emperador.